

RAMÓN GIL NOVALES,

Hijo Predilecto de la Ciudad de Huesca,
Pleno municipal, Ayuntamiento de Huesca,
3 de agosto de 2012.





Ayuntamiento
de **Huesca**

**Relaciones
Institucionales**
Plaza de la Catedral
22002 Huesca
Tel. 974 29 21 00
Fax 974 29 21 63
www.huesca.es

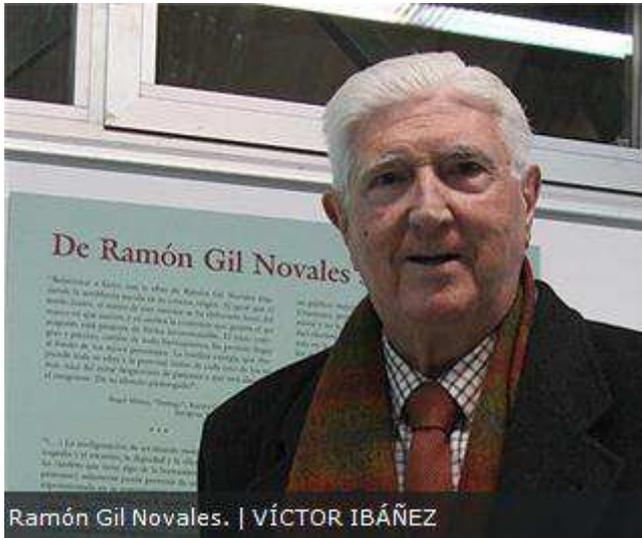
**Acto protocolario de entrega de la
Distinción de Hijo Predilecto, 22 de enero
de 2013:**

Ramón Gil Novales
José Domingo Dueñas Lorente
Víctor Pardo Lancina
Víctor Juan Borroy
Ana Alós López, Alcaldesa de Huesca.

Conferencia Tiempos de revelación en un
paisaje desolado. El Instituto de Huesca entre
1938 y 1945, 24 de enero de 2013.

Juan Mainer Baqué

Fotografías: Diario del Altoaragón -Víctor
Ibáñez, Miguel García, Pablo Segura- y Ayto.
Huesca.



Ramón Gil Novales. | VÍCTOR IBÁÑEZ

Yo nací en Huesca en una calle a medio hacer. Cabestany era un apéndice lateral del rey de los paseos de entonces: el Paseo de la Estación que descendía espacioso, poco frecuentado, salvo por parejas de enamorados que se encaminaban hacia la soledad del Banco Azul, apenas turbado por el pitido de alguna locomotora en maniobras o por la corneta del cuartel al atardecer, esplendoroso en su mediodía, con sus bancos de piedra y su cortina vegetal. Yo lo retengo como la cima de libertad en mi infancia.

De ahí partía la calle Cabestany, modesta desde su inicio: un almacén de maderas frontero a un viejo caserón de dudosa armonía. Después corría un tramo con trazo propio hasta que el racimo de casas lo detenía una inmensa huerta que lo dejaba con olor a fruta en la desierta plaza de Santa Clara. Desierta a excepción de finales de noviembre cuando envuelta en gasas de neblina se aposentaba la feria de ganado y todo era chalaneo, apretón de manos y trasiego de billetera a fajos. Terminaba la jornada en el decaído Teatro Odeón, a rebosar de ganaderos que seguían con asombrada atención alguna inevitable obra de don Jacinto Benavente.

Terca, tozudamente, toda mi obra está poblada de ecos oscenses y ya desde muy temprano, en ficción madrugadora, aparece un personaje que en un atardecer de mayo se adentró para siempre en la antigua y diminuta ciudad, agazapada en un llano, al pie de la sierra, con sus calles polvorientas y su población de hortelanos, comerciantes y empleados, con su universidad de fundación y nombre romanos, con su ensimismamiento, lejanía y solera.

De esos ecos hay uno que me dejó largo pesar: la Guerra Civil. De repente, la muerte en su faceta más desgarrada, la población azuzada por el pánico, su voluntad en andrajos. Y a la salida de la infancia, el Bachillerato en el Instituto "Ramón y Cajal". He recorrido los anchos



pasillos de la Normal, ahora acallado el alboroto de los desafíos con pelota de trapo, pero con la misma claridad de esa luz de puñado tan oscense. Y por supuesto, rostros, voces y gestos renacidos en recoleta procesión. Guardo como mayúscula novedad de aquella etapa el magisterio de unos pocos profesores que nos reveló, en prudente entendimiento, un mundo en libertad, cívico y fraterno, que aventuró un porvenir risueño en esos inciertos días.

Mientras tanto, frente a la monotonía provinciana, el ritual del paseo con los amigos, los tanteos sentimentales, el cine como válvula de escape, las primeras lecturas, las clases particulares en verano, en concreto la de latín, que sirvió como pretexto de este párrafo:

“Por ese lado la ciudad se deja caer en un desgobierno de callecitas, costanillas y plazuelas, amparadas en la noche por algunas bombillas que semejan ahorcados. En planos sucesivos trepan a pequeños brincos hasta la gran plaza, donde una catedral gótica, de campanario desmochado, abre el ojo de su gran reloj”.

Dejé Huesca sin saber que la historia de un hombre es un largo rodeo alrededor de su casa, como está escrito. He vuelto, siempre he vuelto en busca de manantial inspirador, de asidero contra la ventisca de los años. Huesca se me hizo mayor a zancadas, por decenios, hasta que de pronto se mostró entera; había roto el asedio hortelano –aún perdura el olor a albahaca- y con el aporte demográfico de la comarca se había consolidado como ciudad abierta, suficiente en todo lo nuevo. Quedan retazos de campo en el parque municipal y siseo de pinos en la ermita de San Jorge para alborozo y sosiego.

Ahora la veo risueña, cordial, parlanchina en sus aceras, con ese humor que roza el absurdo y un punto entre curiosa y coqueta. El viento de la sierra con sus sabores, la luz azulada del cosido de los montes, el esplendoroso incendio de sus atardeceres, la hoya de fronteras sin líneas, cúpula de cielo y tierra ocre, son incitaciones para la sensibilidad de quien ha crecido al costado de tanta excelencia.

Por último quiero agradecer hondamente a esta corporación, a quienes me eligieron y a quienes me votaron, la nominación de Hijo Predilecto de Huesca, honor que me emparenta todavía más con mis viejas raíces. Agradezco así mismo este acto que depara un íntimo tú a tú con la memoria de mi ciudad.

Ramón Gil Novales, 22 de Enero de 2013



Ramón Gil Novales: vivir en los libros.

Excma. Alcaldesa, Ilmo. Sr. Director General, querido Ramón, Teresa, amigos y amigas.

Como los individuos, también las ciudades se forjan un carácter, un talante, una forma de estar en el mundo. Las decisiones de una ciudad transforman de algún modo a cada uno de sus habitantes. Hoy los oscenses no sólo demuestran gratitud sino sentido de la justicia.

Ramón Gil Novales nació en esta ciudad a finales de los felices veinte, cuando Primo de Rivera perdía los últimos apoyos que le habían llevado al poder en 1923. Ramón vino al mundo en la Calle Cabestany, 4, meses antes de la gran recesión del 29. Así que de crisis y de cambios sociales sabe un rato largo. Y además de ser oscense eligió hace tiempo esta ciudad como su lugar en el mundo. Hoy, cuando la vida se hace cada vez más uniforme pero también menos inteligible, cuando perdemos incluso las referencias más próximas, las que rigieron la vida de nuestros padres, resulta más urgente encontrar un espacio donde reconocerse sin cortapisas, donde entender mejor quiénes somos. Gil Novales ha convertido a Huesca en ese lugar propicio, de orden afectivo e intelectual, que todos buscamos.

Vive en Barcelona desde 1955. Ha traducido alrededor de cincuenta obras de creación y de ensayo, ha leído de manera incesante, conoce bien la literatura universal, el pensamiento de su tiempo, pero a la vez tiende de modo constante a recomponer en sus libros la luz de la tarde que percibió siendo niño o adolescente, busca recuperar las plazas, los paseos, el parque, los rostros y los nombres que aquí había conocido. Y no por provincianismo, no por desprecio de otras realidades sino por una suerte de fidelidad a sus orígenes, un arraigo que le lleva a abrirse con seguridad y sin complejos al mundo entero: “Cuando me fui



de Aragón -ha dicho Gil Novales- me lo llevé a cuestras y sobre todo el idioma, que es lo fundamental, es la patria del escritor”.

Al poco de instalarse en Barcelona, accedió al mundo literario por el camino de la traducción. Ya en 1957 firmó su primer encargo, nada menos que *El coloso de Marussi* de Henry Miller, un trabajo que le había solicitado Joan Petit, director literario de Seix Barral. Petit era un sabio, lo sabía todo, dice Gil Novales, en cualquier caso fue un hito de relevancia en la historia editorial española del siglo XX. Dos traductores habían rechazado antes el encargo por su dificultad, uno de ellos Gil de Biedma. Desde entonces, Gil Novales ha trasladado al español numerosos títulos desde el francés o el inglés. La traducción ha sido su ocupación profesional más constante. Además, la tarea de traductor se percibe en su literatura: la delicadeza con que trae y lleva las palabras, su tendencia a la concisión, el deseo de decir únicamente lo importante pueden explicarse por las muchas horas que ha dedicado a desgranar textos ajenos.

La Barcelona de los años cincuenta y sesenta era la ciudad española más abierta al mundo, también la más pujante con ventaja en el terreno editorial. Desde Barcelona irradiaban sus títulos sellos como Destino, Seix-Barral o Plaza-Janés. En Plaza-Janés trabajó Gil Novales durante unos años en labores de redacción y supervisión editorial. Allí conoció a su mujer, Teresa. En Barcelona trató a Carlos Barral, Gil de Biedma, Luis Goytisolo, Castellet, Juan Marsé, etc., parte fundamental de la denominada promoción literaria del medio siglo, conocida también como la generación de los “niños de la guerra civil”. A esta promoción pertenece con pleno derecho no sólo por edad sino también por sus referencias estéticas y morales y por la relevancia de su obra literaria. La Barcelona de aquellos años le permitió conocer también a Vargas Llosa o a Carmen Balcells, así como mantener una prolongada y honda amistad con Salvador Espriu, gran referencia de la literatura catalana.

Reconoce nuestro escritor que el teatro es el género que le ha proporcionado “más proyección”, en particular desde su segunda obra, *Guadaña al resucitado* (1966), donde -según dice- “todo el mundo vio la figura de Franco, menos la censura”. Con *Guadaña*, estrenada en 1969, consiguió un notable éxito de crítica además de numerosas representaciones durante años. En Huesca todavía se recuerdan las funciones de *Guadaña* a cargo de la compañía La Tartana. Antes, había estrenado *La hoya* (1966), su arranque como dramaturgo. Nuestro autor contribuyó de manera notable al teatro comprometido de aquellos años. Los autores concebían sus obras como revulsivo ideológico, como resortes con que remover las conciencias. Se ha dicho después que la literatura social de entonces concluyó con un fracaso rotundo en cuanto factor de movilización. Pero no cabe duda de que ayudó, y



Guadaña al resucitado es un buen ejemplo, a proporcionar a las generaciones posteriores algo así como el eco de sus inquietudes, a apuntar sendas contra el desconcierto.

Gil Novales fue en los años setenta y principios de los ochenta un nombre de referencia para los sectores teatrales más innovadores. Ha escrito una decena de obras de teatro, aunque no todas han sido estrenadas. Su teatro siempre propone una reflexión profunda sobre el propio lenguaje teatral y una indagación honesta, libre e inquietante sobre la condición humana.

También en los setenta y primeros ochenta fue guionista para televisión. Adaptó textos propios y ajenos para distintos espacios televisivos, casi siempre en colaboración con la realizadora Mercé Vilaret. Poco después, el *pujolismo* relegó a nuestro autor, como a bastantes otros que escribían en castellano, en el teatro, en la televisión o en el mundo editorial. No nos ha de sorprender, pues, que sea escritor de largos silencios.

En los inicios de la Transición política emprende el retorno editorial a Aragón. Entre 1980 y 1988, publicó tres títulos en Guara Editorial, dentro de la colección Nueva Biblioteca de Autores Aragoneses que dirigía José-Carlos Mainer, su más importante valedor literario. En 1990, el Instituto de Estudios Altoaragoneses acogió en la entonces recién creada colección Larumbe su *Trilogía aragonesa*; después Prames ha publicado su tercera novela, *Mientras caen las hojas* (2008) y la Universidad de Zaragoza ha editado sus dos títulos más recientes, la obra teatral *El penúltimo viaje* (2009), y sus *Cuentos completos* (2011).

No es un escritor compulsivo. Para él la creación literaria requiere de sosiego, meditación, reposo; prueba del alto concepto en que tiene a la letra impresa y del respeto que le inspira el lector. Con todo, a lo largo de una trayectoria de más de cincuenta años en el mundo de las letras ha trenzado una obra densa y exigente, y si no muy abundante tampoco escasa: además de dramaturgo es autor de tres grandes novelas y de cuatro magníficas colecciones de cuentos.

En definitiva, cabe pensar que Ramón Gil Novales ha perseguido con su literatura una triple fidelidad: primero, a su lengua, el castellano con las peculiaridades que presenta en el Altoaragón; además, a las referencias estéticas y éticas que caracterizó a su promoción literaria y finalmente a su lugar de origen; lo que no es otra cosa seguramente que diferentes maneras de intentar ser fiel a uno mismo.

El Premio de las Letras Aragonesas que le fue otorgado por el Gobierno de Aragón en 2008 o esta distinción de la ciudad que le vio nacer y que se ha convertido en escenario de muchas de sus páginas

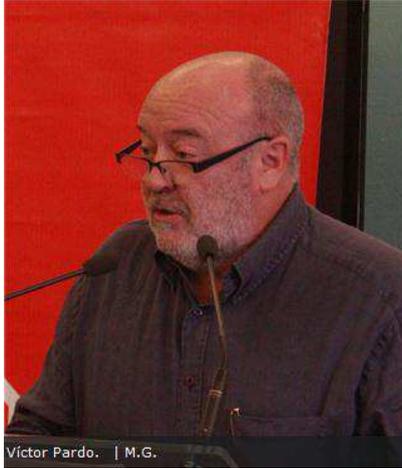


Ayuntamiento
de **Huesca**

**Relaciones
Institucionales**
Plaza de La Catedral
22002 Huesca
Tel. 974 29 21 00
Fax 974 29 21 63
www.huesca.es

vienen a reconocer en cierto grado una trayectoria admirable, exigente consigo misma y generosa con los lectores. Muchas gracias.

José Domingo Dueñas Lorente, 22 de enero de 2013



Un niño de la guerra.

En la portada del *Diario de Huesca* del martes 27 de noviembre de 1928, enmarcada entre un ripioso poema de tema amorio y unas notas dedicadas a la feria ganadera que tenía lugar por aquellos días en la ciudad, leemos una columna de «Ecos de sociedad» en la que el gacetillero atento a la «vida de relación», antetítulo que enmarcaba como una etiqueta la frecuentada sección, da cuenta, entre otros avatares en formato breve, de la llegada a la ciudad de Fidel Lapetra Bescós, para atender a su tío enfermo don Manuel Bescós, «Silvio Kossti»; da cuenta de la marcha a Ariéstolas del «culto abogado oscense don Cristino Gasós», y también refiere que «con gran felicidad, ha dado a luz un robusto niño doña Concha Novales, esposa de nuestro buen amigo don Ramón Gil. Madre e hijo –dice la nota social– se encuentran en perfecto estado». Y dado que el robusto niño, hecho ya todo un mocetón, constituye el feliz motivo que preside esta convocatoria, me apresuro a darle la enhorabuena por haber llegado tan lejos y por su fecundo trabajo.

Es para mí un honor y un placer poder dirigirme a ustedes en este acto cívico de consideración y gratitud hacia un gran escritor, y amigo, hijo de la ciudad. Y si he comenzado con esta cita del *Diario de Huesca* de 1928, es tanto por enviar un guiño de humor, a pesar de estos tiempos de devastación, corruptelas a manta y asperezas sin cuento, un guiño cómplice a quien durante toda su vida ha hecho gala de su inteligencia a través de la ironía amable y la sonrisa; y también porque ese periódico y el magnífico caserón que nos acoge, que el próximo 2014 cumplirá ciento diez años –proyectos, por cierto, del cacique Camo, lo que prueba que no todos los que han ejercido con vocación caciquil en la ciudad, han sido ignorantes y retrógrados–, *El Diario de Huesca*, digo, y el asolerado Casino, forman parte de nuestra historia, tanto como la obra literaria de Ramón Gil Novales.



El homenaje que hoy le tributa la ciudad a quien se va a convertir en su hijo predilecto, bien podría perfilarse como un acto de justicia poética, considerando el género como categoría y la noción de justicia como figura de reconocimiento y correspondencia. Pero también puede decirse que hoy Huesca materializa un gozoso ejercicio de memoria histórica. ¿Por qué memoria y por qué historia?

El más importante, y trágico, acontecimiento en el desarrollo del siglo XX español, sin duda, fue la Guerra Civil, analizada ya por muchos historiadores, también historiadores europeos, como la primera batalla de la Segunda Guerra Mundial. Y Ramón Gil Novales fue, y es, un niño de la guerra. No en la estela de los niños que en evitación de la mordedura de la metralla y de las hambrunas fueron enviados a la Unión Soviética, al exilio de México o al cuidado de familias británicas o suizas, ya que pasó buena parte del período del conflicto entre la localidad navarra de Tafalla y el pueblo de Embún, sí de los niños que crecieron en aquel tiempo de destrucción y dolor que marcó su vida con una impronta de testigo que lo ha acompañado siempre. Y es precisamente en su obra ambientada en Huesca, donde más presente se hace el conflicto de 1936 y sus secuelas de represión, ignominia y drama humano.

Si como dejó dicho Max Aub, uno es de donde hace el bachillerato, en el caso de Ramón Gil, el paso por el Instituto Ramón y Cajal viene a sancionar su oscensismo de origen y, al tiempo, determina la etapa de su incorporación juvenil y consciente a la trama de la vida, a través de la sociedad que se convertirá en fértil materia nutricia literaria.

Cuando en 1938 inicia sus estudios de bachiller, el Instituto estaba alojado en la Escuela de Magisterio, ya que las salas donde se habían dictado clases hasta el golpe de Estado de 1936, las del actual Museo Provincial, se habían convertido en cárcel provisional donde se hacinaban presos preventivos y otros, condenados por los tribunales militares, que verían por última vez las luces de la ciudad en su viaje hacia las tapias del cementerio. En las mismas aulas de Magisterio en las que impartió clases de dibujo Ramón Acín, y en las que tras el levantamiento se establecieron cuerpos paramilitares y ultranacionalistas como los Voluntarios de Santiago o Acción Ciudadana, en ese ámbito donde todavía, a poco que se supiera escuchar, y Ramón supo, resonaban voces que hablaron de libertad y atronaban otras con sus consignas patrióticas contra la inteligencia y la dignidad; allí donde pervivían esos ecos superpuestos y contradictorios, comenzó el escritor en ciernes a construir las identificables escenas del cerco de Oncília, que es Huesca en *La urna de cristal*; allí alineó las calles de la Barasona, que es Huesca, en esa



Ayuntamiento
de **Huesca**

**Relaciones
Institucionales**
Plaza de la Catedral
22002 Huesca
Tel. 974 29 21 00
Fax 974 29 21 63
www.huesca.es

imprescindible novela titulada *Mientras caen las hojas*, y que pone en relación a nuestro autor con otro grande, también discreto y de esforzada construcción narrativa como es Juan Eduardo Zúñiga; y allí, entre aquellos muros de la Escuela Nacional de Magisterio, recreó el lugar que no se nombra, porque no es necesario, y que es eje de otra narración superior, *Voz de muchas aguas*, relato en el que Jaime Lizana, protagonista, gobierna a su antojo «la antigua y diminuta ciudad –escribe Ramón–, agazapada en un llano, al pie de la sierra, con sus calles polvorientas y su población de hortelanos, comerciantes y empleados, con su universidad de fundación y nombre romanos, con su ensimismamiento, lejanía, solera».

Luces, cielos, colores, paisajes, nubes, horizontes, aromas, palabras, pasiones, gestos, materiales de textura familiar, próxima, con los que Ramón Gil Novales ha levantado el edificio que conforma su trascendente legado literario que es, como ya he señalado, nuestro patrimonio.

Concluyo. Como ciudadano, agradezco al Ayuntamiento la feliz unanimidad democrática en torno a este acto de reconocimiento a nuestro querido paisano. A Ramón, al que felicito, agradezco su escritura y su amistad. Y a todos ustedes, su generosa atención. Buena fiesta.

Muchas gracias.

Víctor Pardo Lancina. Huesca, 22 de enero 2013



Tres lecciones de cosas

Durante el primer tercio del siglo XX llegaban a España las ideas de la Escuela Nueva, un movimiento de renovación pedagógica que estaba transformando la educación europea. Frente al aprendizaje rutinario y memorístico, uno de los principios que defendían aquellos educadores era la intuición y se animaba a los maestros de la época a desarrollar lo que en los libros de didáctica se denominó *Lecciones de cosas*, es decir, se aconsejaba aprovechar las enseñanzas que podían extraerse de los acontecimientos que vivía el niño. El propósito de estas lecciones ocasionales que cualquier circunstancia brindaba era introducir la vida en la escuela y, al mismo tiempo, sacar la escuela a la vida. Yo he querido partir de este acontecimiento que nos reúne hoy y voy a aprovechar el nombramiento de Ramón Gil Novales como Hijo Predilecto de la ciudad para plantear tres lecciones de cosas.

Primera lección. Según el Diccionario de María Moliner, una de las acepciones de distinguir es separar, diferenciar del resto. Por eso puede resultar extraño o fuera de lugar comenzar afirmando que Ramón Gil Novales es alguien como nosotros y, si se me permite la expresión, «uno de los nuestros». Fue niño en las calles que transitamos diariamente, aprendió las primeras letras en la escuela de San Viator, estudió Bachillerato en el instituto de la ciudad y Magisterio en la Escuela Normal de Maestros, paseó por el parque junto a Las Pajaritas de Ramón Acín, un monumento inaugurado, precisamente, en 1928, el año que él nació.

Ramón Gil Novales es una persona –y lo será después de este reconocimiento de la ciudad– y no un personaje. Nos equivocamos cuando convertimos a las personas en personajes, cuando los



colocamos en lo alto de un pedestal inalcanzable. Desde ese momento se convierten en seres extraños, distintos a nosotros, alejados de nuestras preocupaciones, de nuestra manera de pretender la felicidad y de sufrir cuando el dolor nos alcanza. Ramón Gil Novales es alguien como nosotros: tiene amigos, a veces está triste, le preocupan las personas que viven a su alrededor, quiere entender el pasado y desea un futuro mejor. Así, y no de otra manera, hemos de contarnos y hemos de contarles a los jóvenes quién es Ramón Gil Novales.

Segunda lección. Otorgar a Ramón Gil Novales el título de Hijo Predilecto de la ciudad supone el reconocimiento del valor de las palabras. Somos esencialmente lenguaje. Ramón Gil Novales ha llegado a ser quien es por la palabra, la palabra que nos hace humanos, la palabra que nos permite entender el mundo, encontrarnos con los demás y entendernos a nosotros mismos. La palabra es nuestra conciencia. En la palabra se deposita la memoria. La palabra anima el deseo, con palabras nos enamoramos y denunciemos la injusticia. Necesitamos palabras para alimentar nuestros sueños y las palabras son nuestra defensa frente al miedo y el más eficaz remedio contra el olvido.

El poeta Rainer María Rilke escribió que la auténtica patria del ser humano es su infancia. Yo lo diré de otra manera. Nuestra verdadera patria son las palabras con las que nuestras madres nos enseñaron a nombrar el mundo. Las palabras con las que nos construimos, pensamos y sentimos. En 1955 Ramón Gil Novales se trasladó a Barcelona, pero, en realidad, nunca se alejó de Huesca. Según su propia confesión se llevó «a costas nuestra tierra». ¿Y qué lleva siempre con él allá donde vaya y esté con quién esté? El paisaje, la luz de los atardeceres, el recuerdo de las personas que le acompañaron, el olor de las calles y, por encima de cualquier cosa, las palabras, el legado de la infancia, ese tiempo en el que todo deja una huella imborrable en el alma.

A pesar de lo que se afirma en el refranero, a las palabras no se las lleva el viento. Los vientos borran la fama, el poder e incluso la belleza. Pero las palabras permanecen y nos traen el recuerdo de lo que fuimos, de lo que quisimos ser, el recuerdo de las personas que amamos.

Tercera lección. Vivimos en una sociedad mediatizada. Las grandes compañías de la comunicación y de la información imponen visiones del mundo para defender sus intereses. Cotidianamente se nos plantea la duda de si bajo una aparente libertad de acceso a la



información no estamos, en realidad, más manipulados y más controlados que nunca. Somos náufragos desesperados que buscan un oasis de pantalla en pantalla. Por eso necesitamos referentes como Ramón Gil Novales, referentes auténticos, modelos en los que reconocernos. Precisamos más que en ningún otro momento que los jóvenes, que los niños, tengan un espejo en el que proyectar su imagen para verse reflejados.

Una de las tareas que debemos afrontar con mayor urgencia es el rescate de nuestra propia mirada. Los medios de comunicación viven nuestras vidas. Nos hacen hablar, sentir y opinar de determinada manera. Con su bombardeo permanente de mensajes nos obligan a conocer a personajes que no tienen sentido ni existencia real y, al mismo tiempo, desvían nuestra atención de aquellos asuntos que son realmente esenciales para entendernos.

Ramón Gil Novales es el ejemplo de que es posible trabajar reposadamente como él trabaja en el taller artesano de las palabras, sin perseguir el éxito fácil o la rápida notoriedad, sin pretender otra cosa que la obra bien hecha.

Aquellos autores que publicaron manuales sobre *Lecciones de cosas* que mencionaba al principio de mi intervención, solicitaban a los maestros que extrajeran conclusiones claras después de cada lección. Si yo hubiera de proponer una concisa conclusión a estas tres breves lecciones de cosas, diría que al otorgar unánimemente el nombramiento de Hijo Predilecto de la ciudad a Ramón Gil Novales, este ayuntamiento ha hecho de Huesca un lugar más hermoso.

Víctor Juan Borroy, 22 de enero de 2013



Don Ramón Gil Novales, familiares y amigos del autor, autoridades, compañeros de corporación, amigos y amigas

Buenos días a todos:

Hoy volvemos a poner nuestra mirada en un sentimiento que nos une a todos: el orgullo por nuestra identidad. Nuestra historia habla de grandes nombres y de momentos para el recuerdo. Porque Huesca es la cuna de hombres y mujeres que serán siempre un símbolo de reconocimiento. Y, hoy, más que nunca, es tiempo de apoyarnos en lo que nos hizo y nos hace singulares para poner en valor nuestra tierra.

Don Ramón, usted forma parte de nuestra identidad, cultura e historia. De todos aquellos pilares que nos hacen únicos, por lo que, para el Ayuntamiento de Huesca, es un honor destacar su extenso trabajo y talento. Sé que hablo por todos cuando digo que Huesca se rinde a su entrega y genialidad para concederle la distinción de Hijo Predilecto de nuestra ciudad.

Queremos subrayar la calidad literaria, el compromiso social y la pasión que usted siempre ha demostrado por nuestra tierra que es la suya. Y, por ello, gracias por ensalzar y promocionar nuestras señas. Por acercar a través de su obra nuestro carácter, nuestro paisaje, nuestra lengua... Gracias por estar siempre en un permanente regreso a pesar de la distancia en muchas ocasiones y por recordarnos que nuestra identidad es la fortaleza más valiosa que tenemos como estrategia de futuro.

Debemos seguir trabajando para convertir nuestra ciudad en un museo vivo que exhiba la aportación oscense al mundo de las letras, el arte, la ciencia o el pensamiento. Y, en este paseo, por supuesto, debe estar usted, don Ramón.



Como alcaldesa, supone una enorme satisfacción poder entregarle este merecido reconocimiento, ya que, como digo, es un ejemplo de integridad y buen hacer.

Sus méritos hablan por sí mismos. La calidad de su obra y su lugar entre nombres punteros de la literatura española bastan para acreditarlo. Así, entre otras distinciones, todos recordamos el año 2008 cuando le fue concedido el Premio a las Letras Aragonesas por el conjunto de su producción. En concreto, por su dedicación al cuento, a la novela, al teatro y a la traducción, siempre en el marco de una profunda reflexión moral y en un lenguaje evocador, depurado y preciso. De esta forma, su tierra y todos sus vecinos pusimos en valor su gran categoría tanto profesional como humana.

Hoy, día en el que mostramos nuestra admiración y afecto mediante esta merecida distinción, me gustaría volver a subrayar las sinergias tan enriquecedoras que el área de Relaciones Institucionales del Ayuntamiento de Huesca ha establecido con diferentes grupos de trabajo para acercar su obra. Hablamos del Instituto de Estudios Altoaragoneses, del IES “Ramón y Cajal” y su departamento de Lengua y Literatura, de la Asociación de Librerías de Huesca, del Centro de Profesorado y de Recursos del Museo Pedagógico de Aragón, de la Dirección Provincial de Educación y de la Dirección General de Cultura. Asimismo, como hemos indicado, destacar la especial colaboración de José Domingo Dueñas Lorente, Víctor Pardo Lancina, Víctor Juan Borroy, Miguel Abós Pueyo y su grupo teatral “La Tartana”, Juan Mainer Baqué y José Luis Acín por su entusiasmo en el desarrollo de las actividades.

Don Ramón, me gustaría terminar reconociendo su brillante legado, una obra extraordinaria que debemos cuidar y compartir y, por otro lado, agradecer en nombre de todos los que nos acompañan su amor por nuestra tierra que es la suya. Gracias, de corazón, por llevarnos siempre en su memoria y por hacer grande nuestra identidad.

Muchas gracias

Ana Alós López, Alcaldesa de Huesca, 22 de enero de 2013



Ayuntamiento
de **Huesca**

**Relaciones
Institucionales**
Plaza de la Catedral
22002 Huesca
Tel 974 29 21 00
Fax 974 29 21 63
www.huesca.es



Integrantes de "La Tartana", durante su lectura. | M.G.

LA TARTANA TEATRO

Lectura de

“Nuria, otra vez”y

“La vida”

22 de enero de 2013



Ramón Gil Novales contempla la copia de su expediente en el instituto, junto a un joven alumno y la directora, Rosa Boned. | P.S.



Alumnos del IES Ramón y Cajal narraron la biografía de Gil Novales. | P. SEGURA

ALUMNAS Y ALUMNOS DEL IES “Ramón y Cajal”, dirigidos por
M^a Ángeles Montaner Moracho:

Sandra Castán Gregorio

José Montón Palacín

Celia Díaz Fernández

Elisa Becana Escanero y

Carlota Canudo Montaner



ANEXO: CONFERENCIA

TIEMPOS DE REVELACIÓN EN UN PAISAJE DESOLADO.

El Instituto de Huesca entre 1938 y 1945.



Buenas tardes a todos. Buenas tardes Teresa y Ramón. Agradezco a Martín su generosa y atinada presentación. Y digo atinada no por los halagos referidos a mi persona (ella sabrá...), sino porque haya reconocido y recordado abiertamente que mi presencia hoy aquí, como estudioso y crítico de la educación y de su historia, en estos actos de homenaje al ciudadano RGN, no obedece a un acto de generosidad y desprendimiento por mi parte, sino a un interés muy personal y meditado cuyo sentido y alcance acertaron a entender y, sobre todo a compartir, desde el primer momento, María Pilar Martín y Víctor Pardo (con quienes hablé, hace escasamente un mes, cuando el programa estaba prácticamente cerrado). Y ello es así, entre otras razones, porque tanto ellos como yo —y en este punto me atrevo a afirmar que contamos con la plena complicidad de nuestro homenajeado—, sabemos muy bien que hablar de educación y de educación pública en el momento presente no es gratuito y admite muy pocas bromas.

En efecto, he venido a hablarles de la peculiar andadura de nuestro bachillerato durante la primera mitad del siglo XX y en particular del Instituto de Huesca entre 1938 y 1945 —siete años cruciales en la historia de esta ciudad, años de sangre y hierro, marcados por el final del asedio, por la ominosa Victoria, que no la paz, y por el lejano pero no menos trágico desarrollo de la segunda guerra mundial, ¡ahí es nada!—.

Efectivamente, los años de la enseñanza media, para quienes pasamos por ello, fueron en nuestras vidas un tiempo de revelación y descubrimientos, que nos construyó biológica y psíquicamente y que



nos situó en el mundo. Para Ramón, para su hermano Alberto y para sus compañeros del Instituto Ramón y Cajal —una pequeña cohorte de 234 alumnos, 143 chicos y 91 chicas en el curso 44-45, año en que se graduó Ramón— también fueron tiempos de revelación pero en un paisaje de ruina, de destrucción física y sobre todo moral, de desolación y de miedo, de miedo cervical...; una atmósfera densa, paisaje y paisanaje de supervivientes en el que se daban cita fervores arrebatados junto a silencios insondables, inconfesables delaciones, trágicas venganzas y también, por qué no decirlo, heroicas solidaridades.

Así pues, recordar hoy y aquí el tiempo del Instituto que conocieron y habitaron los niños de nuestra guerra incivil no puede ser, por mi parte, ni un acto desinteresado y banal, ni mucho menos un ejercicio de recuerdo, complaciente, candoroso y sin doblez consistente en poner sobre la mesa, con mayor o menos gracia, un repertorio de anécdotas y recuerdos más o menos novelados del estudiante que fue Ramón.

Pero entonces ¿de qué tipo de memoria estoy hablando? Existe una radical diferencia entre verse atravesado, de repente, por el recuerdo de algo y “hacer memoria” de un suceso relevante..., entre dejarse llevar por la corriente espontánea del recuerdo (al estilo de la evocadora magdalena de Marcel Proust) o realizar el esfuerzo voluntario, premeditado y consciente por recordar el pasado, analizarlo y recuperar la llama viva de su presencia en nuestros días... Aristóteles diferenciaba entre *mneme* (el simple y pasivo hecho de recordar) y *anamnesis* (el recuerdo entendido como una imperiosa necesidad de búsqueda).

En efecto, este segundo modo de relacionarnos con nuestro pasado traumático, de traerlo al presente, es lo que algunos llamamos hacer una *historia con memoria*, una historia del presente, una historia viva, comprometida (en absoluto equidistante) y no indiferente a las víctimas de la violencia física y simbólica de un pasado que, aunque no hayamos experimentado personalmente, nos sigue interpelando y desasosegando. Como afirmaba Ramón en una expresiva entrevista concedida a Víctor Pardo hace unos años, hablar de la guerra civil y de sus consecuencias es “volver sobre lo peor que nos pasó y sobre aquello que, en nuestras vidas, siempre tiene la última palabra”.

Así pues, les invito a realizar conmigo una breve singladura por los entresijos de nuestra historia educativa comenzando por el principio... Un principio que nos conduce a responder una pregunta que, pese a su aparente trivialidad, no deberíamos menospreciar. ¿De qué estamos hablando cuando hablamos del Bachillerato?, ¿qué era un Instituto y qué significaba ser bachiller en la España de los años 1930?



El bachillerato fue un nivel educativo creado a mediados del siglo XIX por los próceres del Estado liberal burgués, como parte vertebradora y fundamental de un sistema nacional de educación que, con un criterio abiertamente elitista y clasista, se organizaba en tres grados o niveles bien diferenciados pero, fíjense bien, absolutamente escindidos entre sí, tal y como establecía la Ley Moyano (1857), primera y única norma general articuladora del sistema nacional educativo hasta la Ley Villar de 1970:

*Por una parte, la Primera Enseñanza: un nivel destinado a escolarizar exclusivamente a las clases bajas, a los trabajadores, cuya obligatoriedad, al menos hasta 1900, estuvo limitada por ley entre los 6 y los 9 años, aunque, en la práctica, la asistencia escolar real era aún menor como nos recuerdan las aún insultantes cifras del analfabetismo hispano hacia 1936. Para que se hagan una idea, en 1936 (pese a los enormes esfuerzos escolarizadores de la Dictadura y sobre todo de la II República) la tasa de escolarización hasta los 12 años escasamente superaba en España el 50%.

*Como dije, absolutamente desconectada de ésta, se encontraba la Segunda Enseñanza o bachillerato; y cuando digo escindida o desvinculada me refiero al hecho de que para cursar el bachillerato bastaba con superar el examen de ingreso a los diez años. Un examen que durante mucho tiempo solió prepararse en centros religiosos e, incluso, con el auxilio de un preceptor o preparador privado, pero que no exigía en absoluto haber superado la Primera Enseñanza. La citada Ley Moyano establecía en su articulado el objetivo y destinatarios de estos estudios: “la segunda enseñanza se define como aquella que es propia de las clases medias”. No podía expresarse con mayor claridad: teniendo en cuenta que la edad laboral de incorporación al trabajo no se reguló en España hasta 1900 quedando fijada en los 10 años de edad, y que hasta 1932 no se amplió hasta los 14..., la tónica distinción entre el trabajador y el estudiante constituía mucho más que una circunstancia azarosa; era una marca de clase... Estudiaban el bachiller quienes podían permitírselo.

Así las cosas, el bachiller, de los 10 a los 16, con seis años de duración, se orientó y organizó desde un principio a modo de entrenamiento para las enseñanzas superiores universitarias y, de este modo, la alargada sombra de la institución universitaria marcó su devenir, sus planes de estudio, su obsesión examinadora, y, por supuesto, la cultura profesional de sus docentes: el poderoso e influyente cuerpo de catedráticos de bachillerato (las pequeñas universidades de provincias).

Definitivamente, el bachillerato no era asunto que incumbiera a toda la población; Bravo Murillo, otro preboste del liberalismo



carpetovetónico, un hacendista isabelino..., lo había dicho (según se cuenta) con hiriente claridad “no necesitamos obreros que piensen, sino burros que trabajen”. Mediante el bachillerato, el Estado liberal decimonónico, dominado por una oligarquía plenipotenciaria, buscaba autorreproducirse social y culturalmente, asegurarse la correcta formación de las futuras elites económicas, políticas y sociales. Para ello, en tiempo record, los prohombres del liberalismo moderado pusieron en pie una estructura uniforme y centralizada de institutos provinciales (más o menos uno por provincia: un conjunto de unos 60 centros para toda España cuyo número se mantuvo inalterable hasta los años 20 y 30, y que no volvió a crecer, entonces de manera compulsiva hasta entrados los 60). En suma, durante más de cien años una exigua y elitista red de institutos provinciales se encargaba de adoctrinar, modelar y distinguir a los hijos de las nuevas clases propietarias emergentes y a los hijos de las elites gobernantes en las nuevas estructuras políticas de la administración provincial. Y cuando digo “hijos” lo hago consciente del restringido uso del género al que aludo —las primeras mujeres lo hicieron, como alumnas “libres”, de manera extraordinariamente tímida a partir de 1884—.

La historia social de una ciudad como Huesca en la edad contemporánea se concibe muy difícilmente sin su Instituto, y lo digo no tanto por las razones que la mayoría de ustedes probablemente estarán pensando.., sino porque pocas instituciones contribuyeron tanto y tan significativamente a legitimar y reproducir a sus oligarquías dominantes y, por tanto, a construir y justificar la exclusión y postergación del resto, es decir de la mayoría de su población.

Y esto, seguía siendo así, aunque con algunas matizaciones importantes que referiré un poco más adelante, en la Huesca y en la España de los años 30 y 40. Todavía a mediados de los años 30, en plena Segunda República, sólo 64 españoles de cada diez mil cursaban el bachillerato. El dato es elocuente. En consecuencia, “Ser bachiller” era una cuestión de clase social, significaba primero de todo “ser estudiante” y no trabajador, en segundo lugar estar en posesión de un título (un título que confería el trato de don o de doña) que daba prestigio y, ante todo, posibilidades, relaciones: capital cultural y social. Nada que ver con la actualidad...

Pero hay un aspecto muy importante que me gustaría resaltar también para completar este apresurado boceto sobre el significado social y político del bachillerato tradicional y elitista que RGN conoció ya en el inicio de su declive definitivo. Me refiero a que, desde su fundación, el bachillerato fue en España un instrumento estratégico en manos del Estado, el poder civil, para absorber y acumular el control de la formación cultural de las elites frente a la todopoderosa Iglesia



católica que hasta entonces había ostentado el monopolio de ello merced a la red de universidades mayores y menores y colegios de jesuitas extendida por toda España (la educación media y superior ha sido y es siempre un espacio de confrontación secular entre Iglesia y Estado; no en vano, como hemos dicho, es el lugar donde se forjan los valores y hábitos mentales, donde se incuban las formas y las relaciones sociales de los estratos medios y dirigentes).

Antonio Gil y Zárate, uno de los hombres clave del liberalismo moderado isabelino y sin duda el gran muñidor del primer sistema educativo nacional, lo había escrito con desparpajo en 1855: “por encima de los discursos y las apariencias, afirmaba el liberal madrileño, la educación es siempre una cuestión de poder: el que enseña domina, puesto que enseñar es formar hombres y hombres amoldados a las miras de quien los adoctrina. Entregar la enseñanza al Clero es querer que se formen hombres para el clero y no para el Estado; es trastornar los fines de la sociedad humana; es trasladar el poder de donde debe estar a quien, por su misión misma, tiene que ser ajeno a todo poder, a todo dominio; es, en suma, hacer soberano a quien no debe serlo”.

La cita es ciertamente enjundiosa y pone en boca de un liberal conservador, el auténtico significado y alcance público —que, como decía Ortega, no puede ser sino laico— de la educación. Así pues, cuando se erigió la arquitectura del sistema educativo nacional, se trataba de elegir entre el poder del Estado o el de la Iglesia —ésta era la cuestión—. Ése, y no otro, dicho sea de paso, fue el contexto en el que se dirimió y decidió el futuro de la Sertoriana oscense, su cierre y posterior “reconversión” en Instituto de Segunda Enseñanza de la provincia de Huesca en 1845, reutilizando la misma sede, el magnífico palacio barroco proyectado por Francisco José de Artiga, actual ubicación del Museo Provincial (una sede que Ramón no llegaría a conocer en razón de que el monumental palacio se convirtió, por mor del triunfo en Huesca de las tropas rebeldes en 1936, en infame campo de concentración).

De todos modos, pese a lo que escribiera Gil y Zárate, el liberalismo isabelino no se caracterizó por su celo secularizador. En honor a la verdad, el programa secularizador del liberalismo español quedó muy lejos de cumplirse al pie de la letra. Por razones que sería prolijo explicar ahora, lo cierto es que el Estado español pactó, ha pactado y sigue pactando de forma bilateral con el Estado Vaticano mediante sucesivos Concordatos (1851, 1953, 1979) parcelas nada despreciables de poder escolarizador y, lo que es aún más bochornoso, prácticas de supervisión y control ideológico sobre el propio sistema escolar estatal (singularmente durante el reinado de Alfonso XIII, la dictadura primorriverista y, cómo no, la dictadura franquista).



Este auténtico intrusismo eclesiástico acabó por conducir a la creación de un poderosísimo sistema escolar privado de la Iglesia, paralelo al estatal, anómala y fuertemente consolidado en nuestros días que es de todo punto impensable en la mayoría de las naciones civilizadas de nuestro entorno. En buena parte, así se explica la construcción histórica de ese esperpento de totalitarismo hispánico, esa particular fórmula de fascioclericalismo o fascismo clerical, que conocemos con el nombre de “nacionalcatolicismo”, que tuvo su ensayo general en la dictadura de Primo y su plasmación más nefanda durante el franquismo, y que, a la sazón, se enseñoreó del Instituto que los hermanos Alberto y Ramón Gil Novales conocieron en aquellos infernales años de la inmediata postguerra civil y mundial.

Ahora bien, pese al permanente y creciente entrometimiento de la Iglesia en los asuntos educativos, los Institutos guardaron celosamente hasta el triunfo del innombrable (y a excepción del breve periodo de implantación del Plan Callejo de 1926), como seña indiscutible de su poder, la privativa facultad de otorgar títulos y grados de bachillerato a toda la población a través de los exámenes finales cuyo indiscutible monopolio estaba en manos del cuerpo de catedráticos de bachillerato.

Podríamos decir que los Institutos, al filo de los años 30, eran una suerte de macro oficinas examinadoras que vivían de sus propias matrículas pero, sobre todo, de los derechos de examen que devengaban los alumnos matriculados como “colegiados” y “libres” que en conjunto venían a representar casi el 70% de la matrícula total. (El crecimiento del número de centros privados religiosos dedicados a la segunda enseñanza desde 1900 había sido espectacular; sólo los jesuitas en 1932, en vísperas de la aplicación de la Ley de Congregaciones Religiosas y de la norma que ordenaba su disolución, que no expulsión, contaban con una red de 20 colegios y unos 6000 alumnos).

Se comprenderá entonces que arrebatar a los Institutos y al cuerpo de catedráticos la facultad examinadora se convirtió, desde los años 20, en el objetivo declarado del lobby de la enseñanza privada católica —un auténtico grupo de presión pertrechado de una potente plataforma movilizadora de apostolado seglar constituida por una tupida red de organizaciones como Acción Católica, Asociación Católica Nacional de Propagandistas, Opus Dei, la Confederación Católica de Padres de Familia y, ya en época republicana, la Federación de Amigos de la Enseñanza y la Sociedad Anónima de Enseñanza Libre, cuyo discurso encontraba fácil eco y altavoz en medios de comunicación, como *El Debate*, *ABC*, revistas profesionales como *Atenas*, boletines parroquiales, etc.—. El lobby era tan poderoso y sus tentáculos tan largos que incluso llegaba a penetrar en el corazón mismo de los propios Institutos, como ocurrió en Huesca durante los años 20, de la



mano de algunos profesores auxiliares como la inefable auxiliar de Ciencias Donaciana Cano “la Dona”, el hacendado terrateniente Luis Mur Ventura, publicista del diario “Tierra” en el que oficiaba de erudito local, o el que fuera su concuñado Ricardo del Arco, y, de manera mucho más abierta y pública actuaban el canónigo de la Catedral, Estanislao Tricas Sipán, auxiliar de Letras como los anteriores, y los profesores auxiliares de Ciencias Octavio Zapater y León Marquínez; estos tres últimos formaban parte, desde 1928, del núcleo fundador de la ACNP oscense. En esta singular nómina de quintacolumnistas, si se me permite la expresión, habría que incluir a un par de catedráticos muy activos cuyo proselitismo entre sectores del alumnado no escapaba al conocimiento general (algo poco común, porque en estos casos la defensa de los intereses corporativos solía anteponerse al credo religioso individual). Me refiero al que fue catedrático de Agricultura en el Instituto oscense entre 1928 y 1934 y mano derecha de San José María Escrivá, José María Albareda, y al de Matemáticas, José Nieto Senoseaín que con frecuencia utilizaba su afición al ciclismo para captar voluntades juveniles para la causa.

EL BACHILLERATO Y EL INSTITUTO QUE CONOCIÓ RAMÓN GIL NOVALES

El relato hay que iniciarlo por donde es debido hacerlo: ¿quiénes fueron y, sobre todo, quiénes no pudieron ser profesores de Ramón en el Instituto oscense? El Nuevo Estado emanado del fracasado golpe militar del 18 de julio de 1936, necesitaba echar tierra sobre la ilegitimidad de su nacimiento y su naturaleza terrorista, redoblando la represión sobre la población civil creando una situación propia de un Estado de excepción permanente. En ese orden de cosas hay que enmarcar el vergonzante proceso de depuración de todos los funcionarios públicos que tuvo lugar entre 1936 y 1943 y que, obviamente, afectó de lleno al personal docente del Instituto. Traer a la memoria aquel deplorable purgatorio, rememorar el eco de sus sufrimientos, constituye un insoslayable acto de justicia reparadora, que, por cierto, la ciudad de Huesca y su Instituto aún tiene pendiente, un imperativo ético para luchar contra el olvido y una tarea cívica para recuperar para el presente los valores de la democracia republicana del pasado.

El Instituto que Ramón Gil Novales conoció en 1938 había perdido a cinco de los nueve Catedráticos que componían su plantilla orgánica de 1936 y a dos de sus mejores profesores auxiliares. De un total de veinte profesores, siete no volvieron jamás a pisar sus aulas, lo que supone el 35% del personal docente con que contaba el Instituto al comienzo de la guerra. Fue el propio catedrático de Geografía e Historia del centro, Juan Tormo Cervino, nombrado a la sazón director, quien



ofició de gran delator e inquisidor de la provincia al presidir las Comisiones “C” y “D” encargadas, respectivamente, de la depuración del profesorado de institutos, normales e inspectores y del magisterio en la provincia de Huesca.

Éstos eran sus nombres y éstas fueron sus circunstancias vitales:

*José Pérez Gómez, catedrático de Lengua y Literatura españolas y nombrado Director, a raíz de la dimisión de José Nieto, desde finales de mayo de 1936 hasta el verano del 36. Inicialmente fue suspendido de empleo y sueldo aunque su expediente fue sobreseído en 1937 y, en 1940, trasladado forzoso e inhabilitado para ejercer cargos públicos en La Coruña.

*Juan Nogués Aragonés, catedrático de Francés. Suspendido del servicio por resolución de 1937. Tras ganar el recurso contra su expediente, reingresó en el Cuerpo en 1941 y fue destinado al Instituto Fray Luis de León de Salamanca, inhabilitado para ejercer cargos públicos.

*Juan Bonet Bonell (catedrático de Filosofía; director del Instituto desde 1932 hasta 1935; azañista; en el momento de estallar la guerra se encontraba en el Instituto Lope de Vega de Madrid). Suspendido de servicio y expulsado del Cuerpo, inició el camino del exilio a Francia. Pasó por varios campos nazis, entre ellos Mauthausen, y terminó como director del Instituto Luis Vives en Méjico.

*Jesús Mendiola Ruiz (Catedrático de Física y Química y encargado de la Estación de Meteorología). Fue trasladado forzoso al Instituto de Astorga (provincia de León). Luego a Santander.

*Emilio Español Acirón (Catedrático de Historia Natural). Llegó con 25 años, y se casó con una alumna de 6º, hija del jefe de Telégrafos, Carmen Abadías. Como el anterior, fue trasladado forzoso al Instituto de Santa Cruz de la Palma (Canarias). Todavía en 1952 el falangista Virgilio Valenzuela, Delegado Provincial de Educación y profesor ayudante del Instituto, se opuso a su reingreso al Instituto oscense con argumentos de una vileza y resentimiento escalofriantes que nos hablan del peculiar concepto de reconciliación que se gastaban los “buenos vecinos” de la Invicta: “Sería una cosa nefasta para todos el nombramiento del Sr. Español como Catedrático de un Instituto de donde fue expulsado y de una ciudad en la que, de residir en el momento de establecerse el Movimiento, hubiera sido con toda seguridad fusilado, como lo fueron algunos de sus amigos y compañeros de claustro”.



*Joaquín Monrás Casas (Profesor de Caligrafía y de Educación Física; padre de Conchita, compañera de Ramón Acín). No llegó a poder reincorporarse a su puesto de trabajo; murió en Barcelona a los 76 años de edad, en junio de 1944.

*Jesús Gascón de Gotor (farmacéutico, profesor auxiliar de Dibujo y vicesecretario del Instituto). Cuando se pidieron los informes oportunos desde la Comisión Depuradora ya había sido fusilado (lo fue el 23-VIII-36).

Sin embargo, por espantoso que pueda parecer, en todo fenómeno purificador existe una especie de “economía política del castigo”, una suerte de racionalización o cierta limitación de las sanciones (no por razones de misericordia o piedad cristianas...) para evitar el colapso o el deterioro irreversible de la maquinaria burocrática por el desabastecimiento de personal —como ocurrió con los maestros, con los funcionarios de correos, con los ferroviarios y, en menor medida, también con los catedráticos y profesores de Instituto—. Esta circunstancia y el hecho de que no todos los sancionados fueran suspendidos de empleo y sueldo y expulsados del Cuerpo, sino que hubo muchos trasladados forzosos, permitió que Ramón trabara contacto con un selecto ramillete de profesores “represaliados” aunque también de nueva incorporación, de sólida formación intelectual y talante ideológico abiertamente liberal (algunos formados en ambientes ligados a la Institución Libre de Enseñanza, becados en el extranjero por la Junta para la Ampliación de Estudios, etc.), que recordará siempre con singular reconocimiento y simpatía y que constituyeron siempre un soplo de aire fresco en aquel cavernario encierro.

Entre ellos RGN siempre recuerda a los que mayor influencia ejercieron en su formación crítica y ciudadana. Entre los mayores, el catedrático de Matemáticas, también encargado de clases de alemán, Francisco Cebrián y Fernández Villegas; Cebrián había estado destinado en el Instituto oscense entre 1911 y 1916 y entre otros destinos, había sido director del Instituto Goya de Zaragoza durante toda la República pasando en 1936 al Cardenal Cisneros de Madrid. Eminente matemático, becado en Alemania, esposo de la eminente física María Dolores Cebrián, mujer de Julián Besteiro había formado parte en la República de la Junta Técnica de inspectores de Segunda Enseñanza. Traslado forzoso, permaneció en Huesca, inhabilitado para ejercer cargos públicos, hasta 1947, en que regresó al Cardenal Cisneros de Madrid hasta su jubilación en 1956.

Por supuesto, Ramón gusta recordarse como discípulo, después amigo personal, de Eduardo Vázquez Bordas, catedrático de Inglés y personalidad subyugante “que no iba a misa”, que llevaba el *Times* al Instituto de tapadillo y que escuchaba y comentaba la BBC con sus



alumnos. Una relación muy semejante mantuvo con Blanca González Escandón, catedrática de Lengua y Literatura, poetisa, brillante licenciada por la Universidad de Barcelona, “la única que nos hizo leer”..., que en su época de estudiante se había enrolado en aquel legendario crucero universitario por el mediterráneo de 1933 organizado por el rector Bosch Gimpera y el arqueólogo Luis Pericot en el que viajaron los jóvenes Jaume Vicens Vives, Salvador Espríu, Laura de los Ríos, Isabel García Lorca... Finalmente, cabe citar a otros dos profesores de aquella nómina: el catedrático de Física y Química, Ramón Martín Blesa, sobrino del catedrático de Química de la Universidad de Zaragoza, Juan Martín Sauras, represaliado por su militancia socialista, y Miguel Dolç, catedrático de Latín.

Una selecta relación de profesores jóvenes y bien formados que habían viajado y que, en mayor o menor medida, estaban en disposición de aportar un plus de creatividad, imaginación y deseo en aquel desolado páramo. Porque, digámoslo de una vez: ¿era el Instituto en 1938 un espacio de libertad, un lugar apropiado para la “revelación”...? Obviamente, no. Ramón habla mucho de los gestos, de sutiles indicaciones, de silencios fecundos (el silencio siempre es la gran revelación...) pero, sobre todo, de jugosas conversaciones que tenían lugar más allá de sus muros y, en ocasiones, con posterioridad a los años de estricta escolaridad. La institución, como tal, no estuvo a la altura..., en realidad nunca lo está...; ni era el lugar, ni mucho menos la función para la que había sido concebida.

En 1938, cuando RGN cruzó el dintel de la antigua Escuela de Magisterio que albergaba provisionalmente las aulas del Instituto Ramón y Cajal tenía diez años de edad. El primer curso, aquello era Babel: un pulular de sotanas, uniformes militares, falangistas, profesores jóvenes, represaliados, hijos de verdugos, hijos de perseguidos, hijos de militares de paso envalentonados por el triunfo, ebrios de victoria..., se pueden ustedes imaginar... Todos se daban cita en aquel mundo especialísimo y caótico, confuso y denso, indisciplinado pero, al mismo tiempo, arbitrariamente autoritario y cuartelero. Era un Instituto desarbolado, por no tener no tenía ni siquiera espacio propio; con casi 500 alumnos, clases superpobladas, con la guerra aún sin terminar y con un director, Tormo, más entregado a su causa depuradora y propagandista —el enorme mapa de España de la entrada con las líneas del frente de guerra y las cintas de colores—, que a poner orden en aquel magma de pasiones desatadas. Pero aquello fue sólo el primer curso... tras él, las cosas fueron normalizándose y la Victoria se impuso con su lógica negra y desoladora; sobre todo desde que el bedel, el bueno de Florentín, tocara a rebato la campana aquel aciago 1º de



abril, tal como recuerda Ramón, anunciando aquello de que “cautivo y desarmado..., la guerra ha terminado..”.

En la España de Franco, triunfó el auténtico ser nacional, refulgió la espada imperial y brilló, al fin, la luz de Trento. En efecto, la ley que estaba llamada a regular el bachillerato durante la friolera de 15 años, el Plan del primer y efímero Ministro de Educación Nacional, Pedro Sainz Rodríguez (personaje intrigante donde los haya, mendezpelayista, monárquico, ultracatólico y autoritario), abrió la puerta a una hegemonía sin precedentes de la enseñanza católica en el bachillerato. Una hegemonía que su sucesor, el oscuro, integrista y taimado catedrático de bachillerato turolense, José Ibáñez Martín, no hizo sino apuntalar aún más. En efecto, con la Ley de Franco (como sintomáticamente se la conocía en los ámbitos eclesiásticos) se impuso el tristemente célebre Examen de Estado, una prueba única ante un tribunal universitario al final de los siete cursos, que emancipaba definitivamente a los colegios privados del control de los Institutos oficiales. La Iglesia española (como en la Italia de Gentile) había ganado la partida al Estado y se consagraba, nunca mejor dicho, la subsidiariedad del Estado en materia educativa. A partir de ahí, el Estado siguió al dictado las directrices de la doctrina eclesiástica contenidas en la tristemente famosa Encíclica *Divini illius Magister* del Papa Pío XI: desaparición de la coeducación en todos los grados y niveles de la enseñanza, los profesores de religión eran convertidos en directores espirituales y los Institutos se poblaban de sotanas (también, aunque menos, de uniformes) y se convirtieron en espacios apropiados para las prácticas piadosas, ejercicios espirituales, misas diarias...

En medio de todo, los alumnos del Instituto oscense no dejaron de tener suerte: velis nolis, la provisionalidad y las limitaciones espaciales de su nueva ubicación hicieron que tuviera que mantenerse en la práctica la presencia de chicos y chicas en las mismas aulas y, por otro lado, que la misa diaria se tuviera que celebrar en el distante oratorio de Capuchinas antes de dar comienzo la jornada lectiva, lo cual propiciaba y casi garantizaba el saludable escaqueo del alumnado sin apenas riesgo.

De todos modos la aplicación de la nueva normativa del bachillerato franquista tuvo sus efectos inmediatos: en sólo diez años la matrícula de los Institutos oficiales pasó de suponer un 38% del total de matriculados en la Segunda Enseñanza en 1934, a un 19% en 1945. Si bien es verdad que, en este espectacular descenso de la matrícula, influyó poderosamente el cierre de gran parte de los Institutos elementales que había creado la Segunda República, sobre todo en zonas rurales (se cerraron los Institutos de Jaca, Barbastro, Caspe... “innecesarios a todas luces”, tal como se afirmaba el texto de la Orden



Ministerial de agosto de 1939 en la que se decretaba su desaparición), pasándose de los 206 institutos de 1936 a los 114 de 1940, cifra que se mantuvo inalterable hasta entrados los años 60. Con todo, el desguace de los Institutos había comenzado en 1936 con el vergonzante proceso de depuración docente que ya hemos referido..., lo que vino a continuación fue una simple y llana política de privatización y desmantelamiento de enseñanza pública, en toda regla y de largo y demoledor alcance, cuyo recuerdo nos resulta ahora lacerante y nos ayuda a entender algunas de las cosas que nos están aconteciendo.

El segundo efecto tampoco se hizo esperar y vino de la mano del malestar y la oposición del cuerpo de catedráticos de bachillerato que, entre otras cosas vieron cómo se erosionaba su poder simbólico y social pero también sus ingresos —pues los magros sueldos que percibían se complementaban con la venta de programas oficiales y manuales escolares cuya compra era obligada a la hora de realizar los exámenes—. El descontento profesional y social de los catedráticos con el bachillerato nacional-católico fue, como no podía ser de otra manera, capitalizado y abanderado por los falangistas.

Lo cierto es que durante los años 40 hubo una auténtica batalla campal (sorda y muda como no podía ser menos) y cada vez más desigual entre la Iglesia y la Falange; una batalla incruenta en la que, mediante sibilinas y arteras tácticas, terminaron por imponerse las tesis eclesiásticas y la lógica nacionalcatólica imperante, por cierto, en el Ministerio del ramo.

En Huesca y sobre todo en su Instituto este asunto se vivió de forma especialmente preocupante —de hecho, hasta entonces los centros privados católicos localizados en la ciudad no habían sido competencia alguna para el Ramón y Cajal—. A partir de ahora los viatores, y muy pronto los salesianos, Santa Ana y Santa Rosa se vieron respaldados (más bien se les concedió auténtica patente de corso) para iniciar su singladura como centros de bachillerato. El negocio de la enseñanza privada católica, masculina y femenina, echaba a andar y las buenas gentes de Huesca tuvieron al fin dónde elegir y dónde escolarizar a sus vástagos, ante el estupor de la corporación de catedráticos del Instituto.

A este respecto, el Director, Juan Tormo, en un largo oficio fechado el 4 de agosto de 1943, manifestaba su queja al Ministerio en los siguientes términos: “La matrícula se encuentra en acentuada disminución en los últimos cursos (...) por deserción de gran número de alumnos a la Enseñanza no oficial, por las facilidades y falta de escrúpulo en las calificaciones”. Y para reafirmar el aserto ofrece breve estadística con datos comparativos del porcentaje de suspensos del alumnado oficial del Instituto (42%), del Colegio S. Viator (19%) y Sta.



Rosa (23%). Más adelante, con todo respeto pero no menos contundencia, se añade una lista de “aspiraciones, anhelos generales de urgencia y necesidad”, entre los que no me sustraigo a leerles el siguiente fragmento: “España necesita una nueva ley de Ordenación de la Enseñanza Media; una Inspección fecunda y activa en todas las clases y centros de la enseñanza; cortar radicalmente el <estraperlo> de la Enseñanza media en licenciados y colegios; terminar con la racha de profesores interinos sin garantía alguna de preparación y condiciones docentes; crear un bachillerato elemental general de cuatro cursos y que el universitario sea tan sólo para alumnos escogidos.”

Pocos años más tarde, durante el curso 1946-47, el claustro del Instituto oscense, inopinadamente, hizo llegar al Ministerio una de las misivas más contundentes que se recuerdan en contra de la ley de 1938, provocando incluso la intervención de las autoridades locales de Falange y en particular del Delegado Provincial de Educación, Virgilio Valenzuela, camisa vieja, que no dudó en desenmascarar a sus propios compañeros por escrito (él era profesor ayudante de Letras), los citados catedráticos Ramón Martín Blesa y Eduardo Vázquez, como instigadores e inspiradores del escrito, tildando al primero de “demócrata” y al segundo “de más reservado, pero de peores intenciones y fondo”. De nuevo, sin comentarios...

Más allá de la anécdota, el estudio, en buena parte por realizar, de las luchas por el poder en el campo de la educación y de la cultura entre las distintas “familias” del franquismo y de estas extrañas alianzas tácticas entre falangistas y catedráticos de impronta marcadamente liberal (los Martín Blesa, los Dolç, los Vázquez)..., ponen de manifiesto, por no entrar en mayores profundidades, lo mucho que aún desconocemos acerca de la dictadura franquista y los numerosos matices que admite el alcance y significado de su presunta ruptura con la tradición liberal precedente.

Por lo demás, aquel Plan de bachillerato de 1938, al que sobrevivieron los Gil Novales, no dejaba de ser una especie de cacotopía contrarrevolucionaria. La realidad iba por un lado y el Plan por otro; era un Plan que iba contra el tiempo, incluso en un país como España escasamente industrializado y por tanto con una escasa demanda de mano de obra diversificada y cualificada.

Saín Rodríguez y su epígono Ibáñez Martín, pasarán a la ya larga historia de la infamia de este país por haber convertido el título de bachiller en un auténtico calvario que requería de mucho tiempo (siete años), dinero y residencia cercana a un centro educativo. Su cerril elitismo, su absurdo sesgo clasicista y su ausencia de diversificación — en aquel momento la segunda enseñanza de todos los países civilizados, y democráticos, se organizaba merced a un sistema versátil que



Ayuntamiento
de **Huesca**

**Relaciones
Institucionales**
Plaza de la Catedral
22002 Huesca
Tel. 974 29 21 00
Fax 974 29 21 63
www.huesca.es

compaginaba estudios profesionales, científicos y humanísticos—, tras pasados los primeros años de terror paralizante, lo convirtieron pronto en una rémora. De hecho, en 1953, el también católico y falangista, Ministro Ruiz Giménez lo sometió a una profunda transformación que, aunque no terminó del todo con el bachillerato tradicional, abrió las puertas para su reconversión futura preparándolo para la auténtica riada escolarizadora que no iba a tardar mucho en producirse. Otros tiempos llegaban y otros modos de educación acabarían por imponerse; pero todo eso ya lo conocería Ramón en Barcelona labrándose su propio porvenir como autor literario, al tiempo que ejerciendo su compromiso con la libertad, la suya y la de sus conciudadanos.

Concluyo. Permítanme terminar con una brevísima admonición o advertencia, como ustedes prefieran, pues aquella contrarrevolución imposible de Saínz Rodríguez a las órdenes de Franco, encarnada en el insensato sueño redentor del alma española, es hoy alimentada, en versión revisionista y neoliberal, por aquellos que vuelven a destruir, bajo mil pretextos, la enseñanza pública y tratan de embridar, bajo el manto de legitimidad que les otorga nuestra democracia de mercado, el quehacer de la profesión docente. Advertidos quedan, aunque les animo a que, con urgencia, hagamos algo por evitarlo; seguro que el ciudadano Ramón Gil Novales es de la misma opinión. Muchas gracias.

Juan Mainer Baqué, Huesca, 24-enero-2013



Ayuntamiento
de **Huesca**

**Relaciones
Institucionales**
Plaza de la Catedral
22002 Huesca
Tel. 974 29 21 00
Fax 974 29 21 63
www.huesca.es

Lectu